



ARLEQUÍN

Cenotafios

José Luis Gómez Lobo



Dirección editorial:
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

© José Luis Gómez Lobo

D.R. © 2022 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52) 33 3657 3786 y 33 3657 5045

arlequin@arlequin.mx

www.arlequin.mx

ISBN 978-607-8627-38-7

Hecho en México

Índice

[El niño santo](#)
[Díganme que no es cierto](#)
[Por las almas silentes](#)
[Cenotafios](#)
[Contacto revelador](#)
[El hastío de Rosita](#)
[Un lugar milagroso](#)
[Como al pendejo del Coyote](#)
[La rienda](#)
[Quince segundos](#)
[Sobre la orilla](#)
[Rebelión en el Oxxo](#)
[Una frase de B. B. King en el Periférico](#)

A mi hija Natalia Gómez Larios
y a mi hijo Gael Gómez Olivarez.

El niño santo

A cielo abierto, los rayos del sol se abren en abanico tras de una robusta nube. Muy bien definidos. Espigas doradas perfectamente simétricas alzándose encendidas hasta el infinito. Detrás de dicha nube seguro se encuentra el reino de Dios. Y Él ahí. Ahora. En este mismo instante encucillado con el mayor sigilo. Oculto. Desentendiéndose de lo que ocurre abajo. Con las manos en sus oídos para no escuchar. Con la vista puesta en otra parte. Pretendiendo ignorar su creación. Sin la más mínima gana de hacer un seguimiento de sus progresivos actos, se repliega lo más que puede, cuidando que su joroba no rebase los límites de la nube, con verdadero empeño, con verdadera concentración, para evitar que alguna posible torpeza lo delate y que entonces se evidencie esa discreta sonrisa, involuntaria, que denota un cierto gusto por la nueva travesura que se le estará ocurriendo.

Y a pesar de tanto empeño, de todo su sigilo, acá abajo alguien cree mirarle allá arriba. En ese cielo tan bonito que revive los detalles de las pinturas de magnánimas divinidades, ornamentadas con sendos hilos de oro cuyo fulgor evoca los lazos que nos unen al Señor. Y la creencia de quien lo mira se suscita, precisamente, al percibir uno de dichos hilillos dorados atravesando las ramas de un fresno, para descolgarse hasta el piso adoquinado del jardín del barrio. Y si lo aseguro no es tanto porque sea yo quien esté creyendo verle, sino porque estoy al lado de quien así lo ha creído, y porque le estoy escuchando aseverarlo. Es esta señora de aquí a mi lado, quien justo ahora, con el corazón engarrñado, con los ojos lagrimosos

y con la razón a punto del extravío, mira a su adolescente hijo con el cráneo reventado bajo la enorme piedra que, según interpretamos todos quienes lo atestiguamos, le sorrajó de golpe la venida de la muerte.

—Es tuyo, mi Señor, tú me lo diste y ahora te lo entrego.

La escucho decir a través de los gorgoteos de su garganta y entre sílabas enroscadas de dolor. Y la veo dirigir su vista, temblorosa entre tanta lágrima, hacia arriba, en donde mira a su interlocutor. A la nube, pues, de donde se desprenden los hilillos de oro. A donde, quizá, por los efectos de la conmoción, clarito se me ha figurado verlo también, aunque en un gesto algo esquivo, porque al moverse la nube un poco, descubre la presencia de uno de sus regordetes pies, el mismo que rápido recorre para volver a ocultarlo.

—Que sea tu santísima voluntad.

Y eso mismo dice la señora, pero ya después, ahoritita, en este momento, que según dicen es uno de los más duros de sobrellevar, cuando el hijo es depositado en su tumba. Entre la lloradera general la oigo decirlo, repetir lo de la santísima voluntad de Dios. Y los tres empleados del panteón, a paladas secas que silban al mordisquear el bulto de tierra antes extraída del hoyo, forzando a la indiferencia de su gesto a que parezca solemnidad, terminan de cumplir, a medida que cae la tierra sobre el ataúd, la voluntad de Dios. Porque así parece ser el asunto: Dios — sabrá Dios en qué momento, en cuáles circunstancias, con no sé qué gesto— emite su sabia voluntad, que extiende expeditamente a sus principales colaboradores para ver quién la puede ejecutar.

Alzan la mano, primero los asesinos, con la navaja lista y destellante, con la bala acomodadita en el cañón, con la piedra de mayor peso y volumen. El segundo lugar se lo disputan montones de enfermedades con sus médicos incapaces, los policías al servicio de la mafia y los choferes del transporte público. Por último, los enterradores, que a paladas de tierra van cubriendo el hilillo dorado que fue la

voluntad, y con ello, el finiquito del proceso. Aunque también están los gusanos, cuyas mordidas demoledoras les otorgan una posición de importancia en la consumación.

—El bueno agradó a Dios y Dios lo amó; vivía entre pecadores y Dios se lo llevó. Lo arrebató para que el mal no pervirtiera su mente ni el error sedujera su alma. Dios se apresuró a sacarlo de la maldad...

Sí, sí, ya se imaginarán ustedes quién lo dice. Lo dice el señor cura del templo del barrio, en cuyos jardines, a unos cuantos metros del atrio, como un tronido seco que sin duda hubo de despabilar en sus madrigueras a las ratas que ahí pernoctan, crujió el cráneo del ahora recién nombrado *el bueno*. Y todavía sigue sacudiéndose la trompa agrietada del padrecito con la cascada de palabras de consuelo, cuando yo ya me estoy haciendo la pregunta obligada: «¿No sería más lógico extirpar de su creación todo aquello que resultase malo?».

—Carajo... —esto ya lo digo viendo al cielo y en susurro—. Si fueras el director de una empresa, resultaría que despedirías al eficiente y se le darían horas extras y bonos de compensación al trabajador más estúpido.

No sé si sea la desvelada del velorio o la resultante lagañosidad, o la saturación de tantos rosarios absorbidos a lo largo de la noche, pero, así como estoy, con mis ojos levantados al cielo, con la razón algo obnubilada, el entendimiento confuso, creo ver la mano de Dios allá arribita, casi a un lado de un avión que en este momento pasa. Y rápido me hago el disimulado. «Con la lógica que te cargas, no vaya a ser que luego resulte que me encuentres agrado en el instante del contacto y me descubras apto candidato a postrarme frente a tus colaboradores». Pienso.

—En lo que a mí respecta, señor cura, gracias por lo de la maldad —le digo con la torcedura de mi boca sarcástica que a él ni por aquí le pasa.

—No me des las gracias a mí, hijo, dáselas a Él, que vela por su pueblo santo —me dice agitando parsimoniosamente sus manos.

Pues ánimas, que ya se duerma, porque ahí nos trae dando tumbos para aquí y para allá; manipulándonos con sus hilos de oro amarrados en los dedos de la mano que se le pasó ocultar en su escondite. Jalados todos en bola hacia la salida del panteón, como simples marionetas. Marionetas en manos de desvelado, dando saltitos dislocados en este tinglado de cartón que es nuestra pobre realidad, la cual vivimos hasta que al titiritero se le ocurra dar el último jalón de hilos, para distanciarnos de lo que ahora se le ha nombrado *maldad*. Y la misma en que ahora le construimos su altar al muertito en el sitio justo donde expiró.

—Así es este asunto, mi amigo —le digo al tipo de sombrero con aliento etílico que pega uno tras otro los ladrillos que yo le voy pasando, bajo la supervisión de la madre del difunto y tres señoras más, enlutadas todas, dirigiendo la construcción del cenotafio del muchacho—. A Diosito se le antoja dar el último jalón a nuestro hilo y, justo en el sitio de donde nos arrancó, hace brotar, casi como monumento a su arbitrariedad, una cruz, una ermita, un altarcito con nuestro nombre, fecha de nacimiento y fallecimiento para que no se pierda registro de su caprichosa voluntad.

—Así mismito es, joven —me contesta sin perder concentración en lo que hace: embarrar los ladrillos de mezcla, beber continuamente de su botella de alcohol, odiarse en secreto por su montón de pecados—. Como un hechizo, la maldad oscurece al bien, y por eso hay que construirle sus honores al bueno, al que murió joven y antes de tiempo, dejar señales en la tierra del momento en que se trasladó a la gloria, como inicio de su andar hacia la santificación.

Pues sí, pues sí. Ya no le digo a él, sino me lo digo yo; y entre más corto sea el lapso entre fecha de nacimiento y de fallecimiento, mayor santidad se alcanza. O sea que entre a más viejo llegues, más jodido estás; la suma de años solo sirve para almacenar maldad. Seguimos con esa lógica suya tan especial.

Y la madre del muchacho y las otras tres mujeres — salpicando vocablos a veces desgañitados, a veces arrastrados— van, poco a poco, frase tras frase, lágrima tras lágrima, formando con rosarios encadenados la vereda que el alma aborda cuando perfila a convertirse en santo. Y sea lo que sea, créaseme o no, un viento arremetido aparece de la nada, como queriendo ayudarles en su empresa. Allá estará arriba Dios, allá mucho más arriba de los fresnos que tan pocas sombras dan, inflando sus cachetitos y exhalando el soplo que empuja a su destino a quien empiezan las señoras a llamar El niño santo. Y yo divago: «¿Será de verdad un soplo o tan solo la imposibilidad de contener la risa?».

—El bueno que muere condena a los malos que todavía viven, y la juventud que pronto llega a la perfección condena a la prolongada vejez del malvado —rezan las señoras que, por cierto, ya no son tres ni cuatro: contando a la afligida madre, ya son diez o doce, o una cifra que aumenta conforme los días pasan, días que se contabilizan ya no con fechas, sino con el número de gente que se va agregando a los rezos y oraciones ante el altarcito del ya denominado niño santo.

Pero, hay que aclarar, no solo son familiares del difunto, es gente vecina del jardín donde ocurrió el asesinato. O recurrentes transeúntes (padres todos) que temen que sus hijos adolescentes sean asesinados con la misma saña —o con menos, que para el caso es igual— por los mismos que lo mataron, según se ha corrido el rumor, por robar al joven, de quien se dice que era buen muchacho, trabajador, responsable y todo eso. Por los mismos asesinos o por otros diferentes, porque sin duda sobran por aquí, por allá, por todas partes, y su prolífica presencia se confirma con la saturación de muertos en la nota roja.

—Ruega por nosotros, ten piedad de nosotros, trono de sabiduría, rosa mística, torre de David, torre de marfil, casa de oro, arca de la alianza... —¡Ay, buey!

Rezamos ante el altar, ya terminado y pintadito de amarillo, del niño bueno, con una vitrina en donde van depositándose sus objetos personales, dos o tres de sus juguetes, su película favorita, la foto suya más reciente. Y entre rezo y rezo, el tiempo transcurrido deja de medirse en días. Transcurre en un continuo presente por el terror de ver en el pasado el origen de nuestra maldad y en el futuro nuestro merecido castigo. Abstraídos por el terror de cada uno y de cada cual, nadie mira al sol ponerse ni a la negrura del firmamento llegar; solo resta dar jalones a nuestros hilos unidos a los dedos divinos del titiritero, para tratar de esquivar a sus colaboradores que pintan rayas en el suelo con el filo de sus cuchillos, o que hunden frenéticos sus pies en el acelerador.

Y van las tensiones de hilos de un lado a otro, enredándose a veces, desenredándose en ocasiones con un «usted disculpe», con un «perdón por la distracción», con un lenguaje saturado de contenidos religiosos, en una cotidianidad aterrada por el acecho de la voluntad de Dios. Y al fin terminar, abrumados y resollantes, frente al altar del difuntito —que en realidad ya era un adolescente— junto a las veinte o treinta personas, negociándole el título de niño santo a cambio de un poco de protección.

—Oyes, ¿pues no que Dios ya había muerto? —me pregunta un iluso después de un codazo en mi costado que me sorprende en medio de una jaculatoria.

—Pues, según yo, a lo que yo sé, sí había muerto. «Dios ha muerto» se dijo hace algún tiempo, pero, después, el hombre, empequeñecido ante tanto méndigo problema de la existencia humana, se vio obligado a revivirlo. «Dios ha revivido», creo que gritaron cuando lo vieron volver a sus viejos terruños, disparatado y torpe, cegatón, con una enorme propensión a actos inentendibles y sin atino alguno en la justicia.

Y mi interlocutor asiente con la cabeza y alza sus hombros en franco gesto de resignación. Retomamos el rosario a la altura de las letanías. Cruzamos los brazos e inclinamos la

frente. Por mi parte no tengo ni la más mínima gana de levantar mi vista hacia su reino, es decir, hacia un cúmulo de nubes aborregadas ennegrecidas por el humo de la cercana zona industrial. No quisiera ver, ni por equivocación, a una especie de monumental frankenstein con sus ojos inyectados de furia, babeante de amarillenta bilis, levantando uno de sus rollizos brazos dispuesto a lanzarme un fulminante rayo. Mejor así me quedo, con mis ojitos bien cerrados, bisbiseando los «ruega por nosotros» «ruega por nosotros» que exige la letanía, y acercándome poco a poquito, con un gradual arrastre de mis pies, hacia el altar del niño santo, quien ahora mismo, por intermediación de un favor concedido a una petición escrita en un papelito depositado por alguien en la vitrina, se estrena en su carrera como milagrero.

En lo que transcurren los rosarios, las oraciones, las alabanzas, el tiempo se consolida en una larga plegaria de entonaciones febriles con apetencias de protección. Y los días se han convertido en los temblorosos dedos de nuestro ánimo, recorriendo las cuentas y los misterios de nuestra muy posible maldad. La maldad de nosotros, la nuestra, la que late y subsiste por el simple hecho de seguir vivos, vivos en esta vida condenada por el bueno que ha muerto, traducida en una especie de culpabilidad. La culpa es lo que nos hace desbaratar el tiempo, sus días y sus horas, para rehacerlo en una continua búsqueda de protección ante nosotros mismos y ante nuestra subyugación a los hilos enredados en los dedos de nuestro Señor.

Y es la búsqueda de protección la que, como a mí, hace que toda la concurrencia arremolinada en el jardín, cincuenta o setenta (por aventurar un cálculo), arrastren sus pasitos gradualmente hacia el frente, hacia el altar del niño santo, urgidos de encontrar en la cercanía la sanación de toda culpa.

Entonces, el empeño de todos los presentes por estar cerca del altar aclara —según yo lo interpreto, colocado

casi al roce de la vitrina— el motivo por el cual Dios, en el principio del evento en curso, tuvo que mostrarse, pese a su intento por mantenerse oculto, con tal actitud de socarronería: sus inmensas ganas de divertirse a costa de su creación. Generó nuestra cercanía al altar para que alguien, uno de los sesenta o setenta presentes, con la foto del niño santo de la vitrina casi frente a la nariz, evidenciara, con una exclamación que hizo trabar los engranes de la retahíla de oraciones y rosarios, toda la trama del divino juego de nuestro Señor.

—A ver, pérense, pérense. Este muchacho era de la banda de chavos que asaltaba aquí en el jardín... un día a mí me robó mi reloj y mi cartera poniéndome un cuchillo aquí en la panza.

—Ah, de veras —dice otro mirando hacia donde señala el dedo del primer acusador—. Ya me acordé, ya me acordé; con razón desde que vi su foto me dije: «Dónde lo he visto, dónde lo he visto». Pues si es aquel pandillero que miré alegando con los tonzoleros del jardín, reclamándoles su parte de un asalto.

Y así se van sumando comentarios en torno a la foto del muchacho. Atropellándose entre sí. Severos unos y enfáticos otros al elevar entonaciones de desprestigio. Acusatorios todos. Que era un gandalla, un delincuente, un aprovechado, vicioso y más que todo, un verdadero hijo de la chingada.

Entonces hasta ahí se cae en cuenta que el sol cala, que el piso quema las plantas de los pies, que es tarde y hay muchas cosas por hacer en el resto del día, que hay que aprovecharlo, porque casi han pasado dos meses desde el día del crimen y ya estuvo bueno de tanto rezo. Y al mismo tiempo que aumentan los comentarios, se desprenden las personas de la muchedumbre. Dan la espalda al altar. Al altar y a la madre del muchacho quien se ha quitado el velo que cubría su rostro y que grita desgañitada. Y yo miro hacia el cielo intentando una mirada adusta, algo que parezca recriminar, sacudo mi cabeza en negativa, me llevo